



La extensa exposición de los temas presentada en el libro de Gutiérrez concluye con algunas ideas muy sugestivas que merecen ser debatidas por los especialistas y que abren nuevos horizontes interpretativos. Quiero resaltar, entre otras, la afirmación de que los límites que al final establecieron los estados o “superestados” soberanos después de que el proceso independentista se consolidó, no necesariamente estuvieron determinados de forma previa por las demarcaciones administrativas de los antiguos virreinos. Creo que esta idea puede conducir a nuevas investigaciones que eviten una concepción teleológica, marcada por los actuales estados nacionales, que de algún modo afianza una concepción errónea de que hay unas esencias nacionales que se formaron en los tiempos coloniales e incluso desde las formaciones políticas prehispánicas. Otra idea interesante es la reivindicación del federalismo, apartándose de la interpretación historiográfica que lo considera aún hasta nuestros días como una especie de error histórico cometido por unos líderes criollos obtusos o soñadores. Para Gutiérrez, el federalismo fue un proceso casi inevitable, tal vez la única opción que se tenía, si se querían armar estados soberanos nacionales que resultaran viables en el concierto de la geopolítica del momento. Por último, resulta bastante claro que el objetivo del movimiento de formación de juntas de gobierno no fue originalmente el de generar una ruptura de los vínculos con España, sino el de renegociar y modificar dichos vínculos, dado que

se consideraba que se había alcanzado una madurez que permitía que la tutela ejercida por la metrópoli se terminara. Por eso, el autor propone dejar a un lado denominaciones y conceptos como el de independencia, para usar una terminología más adecuada a la situación del interregno, como la búsqueda de la emancipación, la tutela vacante, la manumisión, la rebelión justa o la ruptura de un contrato, ya que así fue como lo concibieron sus protagonistas. Cabe señalar para terminar esta breve reseña, que en medio de la enorme producción que generó la coyuntura del Bicentenario, no siempre novedosa o interesante, esta obra se destaca por su calidad y pertinencia.

Jorge Augusto Gamboa M.

Instituto Colombiano de
Antropología e Historia

Biografía de un luchador popular

Juan de la Cruz Varela. Entre la historia y la memoria

LAURA MARÍA VARELA MORA Y
DEYANIRA DUQUE ORTIZ

Alcaldía Mayor de Bogotá / Universidad
Antonio Nariño, Bogotá, 2011, 360 págs.

POCOS LIBROS de historia logran hoy en día el privilegio de una segunda edición apenas un año después de su publicación original. Afortunadamente, el trabajo de Laura Varela y Deyanira Duque se cuenta entre ellos. Sin embargo, y por paradójico que parezca, no ha podido librarse de los problemas de distribución que por lo general aquejan a las publicaciones oficiales y universitarias. Ello no quiere decir que sea un libro de anaquel; por el contrario, la edición de 2010 circuló de manera rápida entre líderes campesinos y comunitarios, comunidades educativas del Sumapaz y dirigentes sociales, situación que llevó a la realización de una segunda edición en noviembre de 2011.

Esta reseña no se ocupa de las lecturas populares y los usos sociales del libro en las comunidades donde se ha difundido, sino de la propues-

ta de las autoras de aproximarse a la figura de Juan de la Cruz Varela con los recursos de la historia y de la memoria, como lo sintetiza de manera acertada el título. Para este propósito, es necesario situar el trabajo de Varela y Duque frente a la producción académica que en los últimos años ha aparecido sobre el movimiento campesino del Sumapaz y el oriente del Tolima y sobre su líder, Juan de la Cruz Varela.

En 2006 Laura Varela y Yuri Romero publicaron en la revista *Tabula Rasa* una biografía del dirigente campesino y al año siguiente se editó un libro de las mismas autoras sobre el movimiento agrario contemporáneo en la región¹. En 2010 apareció la primera edición de *Juan de la Cruz Varela. Entre la historia y la memoria* y al año siguiente las mismas autoras publicaron un análisis sobre la estrategia de los agrarios del Sumapaz durante el Frente Nacional². Estas publicaciones han sido resultado de una línea de investigación de la Universidad Antonio Nariño bajo la dirección de la historiadora Laura Varela. Pero en 2011 también se editó la vasta obra de Rocío Londoño, *Juan de la Cruz Varela. Sociedad y política en la región de Sumapaz (1902-1984)*, sobre la vida del dirigente campesino, la trayectoria del movimiento agrario de Sumapaz y la confrontación por el control político de la región³. El trabajo de Londoño y el de Varela y Duque muestran cómo a partir de un núcleo de fuentes similar, como es la autobiografía de Juan de la Cruz Varela, pueden hacerse dos investigaciones totalmente diferentes.

En el caso que nos ocupa, *Juan de la Cruz Varela. Entre la historia y la memoria*, el problema clave que se

1. Laura María Varela Mora y Yuri Romero Picón, “Los avatares de la paz”, en *Tabula Rasa*, Bogotá, núm. 4 (enero-junio de 2006), págs. 267-286 y *Surcando amaneceres. Historia de los agrarios del Sumapaz y oriente del Tolima*, Bogotá, Secretaría de Gobierno, Alcaldía Local de Sumapaz, Universidad Antonio Nariño, 2007.

2. Laura María Varela Mora y Deyanira Duque Ortiz, “Estrategia de los agrarios de Sumapaz y oriente del Tolima durante el Frente Nacional”, en *Historia y Sociedad*, Medellín, núm. 21, julio-diciembre de 2011, págs. 173-195.

3. Rocío Londoño Botero, *Juan de la Cruz Varela. Sociedad y política en la región de Sumapaz (1902-1984)*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2011.



proponen estudiar las autoras es el del liderazgo del protagonista. Para ello, parten de una noción de liderazgo que involucra dos aspectos: primero, la capacidad de inspirar y dirigir a los demás hacia el logro de sus objetivos, y segundo, la capacidad de atraer partidarios (pág. 25). Este enfoque las lleva a poner el lente de análisis en las circunstancias específicas y los rasgos de personalidad que posibilitaron la conversión de Juan de la Cruz en un líder agrario, pero también la interrelación y la respuesta de la comunidad en los diferentes momentos históricos.

El texto está dividido en tres capítulos y un anexo documental, que pueden leerse de manera secuencial o de forma individual, puesto que constituyen unidades cerradas en sí mismas. El primero reconstruye la vida de Juan de la Cruz Varela (1902-1984), caracterizando cinco etapas en su liderazgo político: desde sus años de formación (1902-1928); los decenios de lucha por la tierra junto al dirigente agrario Erasmo Valencia y su militancia gaitanista (1928-1948); el periodo denominado por las autoras de “defensa de la vida” (1948-1957), que corresponde a la autodefensa armada contra la violencia bipartidista; la desmovilización y posicionamiento de los agrarios del Sumapaz y el oriente del Tolima como una fuerza política importante (1957-1970), y los últimos años de liderazgo de Varela, hasta su muerte en 1984. Es un análisis riguroso y bien documentado, que logra trascender el nivel descriptivo que prevalece por lo general en las

historias de vida; no obstante, la presentación de los contextos nacionales e internacionales de cada periodo se hace de manera esquemática y sin una adecuada vinculación con el relato, por lo que terminan siendo superfluos.

El segundo capítulo es una verdadera joya, aunque el lector no termina de entender por qué aparece en este lugar –en medio de dos capítulos analíticos– y no al principio o al final. Se trata de una autobiografía del líder agrario reconstruida por las autoras a partir de un manuscrito de veinte páginas de autoría de Juan de la Cruz y de tres entrevistas concedidas por él al filólogo José Antonio Vergel y a sus hijos Todosio (dirigente comunista) y Laura (historiadora y autora del libro). Esta extensa narración (págs. 169-263) sigue una estructura cronológica donde su protagonista rememora su vida y su participación en el movimiento agrario, las guerrillas de autodefensa y las corporaciones públicas municipales y departamentales. Pero no es un texto cargado de nostalgia por los tiempos idos, sino un relato pleno de orgullo y autoafirmación por lo que Varela hizo de sí mismo en condiciones totalmente adversas y por los logros del movimiento agrario. La autobiografía es la fuente documental central del análisis presentado en el primer capítulo sobre el liderazgo de Varela, pero es un texto que amerita mayor análisis, cosa que con seguridad ocurrirá ahora que el texto es accesible.

El tercer capítulo analiza el impacto histórico de Juan de la Cruz en el movimiento agrario y en la región del Sumapaz, mediante un enfoque que combina dos metodologías. Una propia de la historia social sobre los logros del movimiento social y la intervención directa de Varela para el mantenimiento de la paz en la región en las décadas de 1960 y 1970, así como para la construcción de caminos y obras de infraestructura. Un segundo nivel de análisis está relacionado con las memorias existentes sobre el líder, tanto la leyenda negra tejida por la prensa y enemigos políticos, como los recuerdos que persisten entre activistas sociales y pobladores de la región de varias generaciones. Entre esos últimos la figura de Juan de la Cruz pervive como un símbolo de cohesión social y dignidad campe-

sina, pero las autoras señalan también la existencia de una memoria negada por el sufrimiento y el miedo. El temor a recordar y el deseo de olvidar los hechos dolorosos de la Violencia de los años cincuenta han llevado, en especial en el oriente del Tolima, a que los pobladores no hayan contado a sus descendientes los hechos de aquellos años y que al solicitarles su testimonio se nieguen a hablar de lo ocurrido o lo hagan en voz baja por miedo a la represión gubernamental.

Aunque la biblioteca y buena parte del archivo de Juan de la Cruz se perdió en la época de la Violencia, en el anexo documental que acompaña la obra se incluyen algunas intervenciones públicas y una muestra de su copiosa correspondencia, que cronológicamente cubren el periodo de 1940-1984. La publicación de esta documentación inédita abre nuevas sendas de investigación para futuros trabajos sobre las relaciones entre el movimiento agrario y el gobierno central y sobre la vida política interna del movimiento. Pero el libro también incluye documentación fotográfica de gran calidad que cubre desde la década de 1930 y sobre la cual podrían realizarse análisis específicos, por ejemplo, acerca de la cultura material, las relaciones y las jerarquías de género, o la iconografía popular.

En los diferentes capítulos del libro, incluyendo la autobiografía, hay varios temas recurrentes que vale la pena destacar. En primer lugar, el paso de la lucha armada en los años cincuenta a la “resistencia civil” en los sesenta y setenta. Este tema aparece en varios momentos para explicar las diferencias de táctica seguidas por los guerrilleros que evacuaron a la población hacia el Sumapaz y los que lo hicieron hacia Villarrica, y para desmentir un supuesto enfrentamiento entre los hombres liderados por Varela y el núcleo que dio origen a las FARC. El análisis y los testimonios muestran que no se trató de una decisión arbitraria o caprichosa de los agrarios, sino producto de las características y la trayectoria histórica del movimiento. La explicación de fondo de por qué optaron por la resistencia civil después de la desmovilización de 1957, pese a las constantes provocaciones del ejército y a la represión

generalizada contra la población, tiene que ver con la larga trayectoria y las reivindicaciones que habían logrado incluso antes de la Violencia. En efecto, los agrarios habían logrado su reconocimiento como colonos y en muchos casos habían obtenido la titulación de las tierras, por lo que su objetivo principal después de la fase más aguda de la Violencia era lograr la paz en la región para seguir laborando en sus parcelas y conseguir una infraestructura mínima en cuanto a vías y planteles educativos que les permitiera asegurar su desarrollo económico y social. Esta situación muestra la persistencia del problema agrario en el país, pero también los efectos positivos que podría traer la democratización de la tierra a gran escala.

El segundo tema es el papel de la lectura y la formación autodidacta de Juan de la Cruz como una parte importante de su liderazgo social y político. Pero, además de esta dimensión, resaltada en forma adecuada por las autoras, quedan en el aire otras aristas de sumo interés. Una de ellas es la ambivalente valoración del conocimiento libresco en un medio agrario y carente de educación formal, pues al mismo tiempo que se le aprecia como medio de superación personal y de herramienta indispensable para la lucha política, es evidente cierta valoración crítica de los “comelibros” como personas excéntricas y ajenas a la comunidad. Aunque la afición de Juan de la Cruz por los libros fue motivo de sarcasmo entre sus antagonistas, que lo apodaron “el vendepapeles” (pág. 280), su condición de campesino y partícipe del mundo material y simbólico de los labriegos facilitó el reconocimiento de su liderazgo en la región⁴.

Un tercer tema es el de las ideologías políticas presentes en el movimiento agrario y de manera particular en Juan de la Cruz. Hasta ahora, o no se cuestiona en absoluto o se condena como una flaqueza ideológica, esa compleja relación que existe entre liberalismo, gaitanismo y comunismo, pero faltan

4. Otro tema es el de las lecturas populares de los clásicos de la literatura, aspecto en que ha avanzado Rocío Londoño en su artículo “¿Cómo leyó Juan de la Cruz Varela?”, en *Análisis Político*, Bogotá, núm. 15, 1992, págs. 114-122.

estudios sobre cultura política que expliquen porqué se ha dado esta situación y qué consecuencias ha tenido en diferentes niveles. Tampoco tenemos muchas investigaciones sobre cómo se articulan ideologías políticas y vida cotidiana, por ejemplo, sobre uso del tiempo libre, solución de problemas entre vecinos, relaciones familiares y de género, temas sobre los cuales abundan pistas en los relatos de los testificantes y del mismo Juan de la Cruz.

Luz Ángela Núñez Espinel

“Luchas propias y ajenas”

Aventureros, mercenarios y legiones extranjeras en la Independencia de la Gran Colombia

MATTHEW BROWN

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, La Carreta Editores, colección Ruta del Bicentenario, Medellín, 2010, 278 págs., il.

RESULTA CUANDO menos curioso escribir en estos momentos una reseña de la tesis doctoral de Matthew Brown (University College of London) sobre los europeos que se incorporaron en los ejércitos libertadores. Y digo curioso, porque han transcurrido ya ocho años desde que la obra se editó originalmente en inglés¹ y cuatro desde que la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia y La Carreta Editores la publicaron en Colombia en lengua española. La tardanza es tanto más lamentable por cuanto en septiembre de 2012 tuvo lugar en Londres el lanzamiento del nuevo libro del historiador británico, que versa también sobre nuestro periodo independentista y es a la vez un sorprendente análisis internacional de la Batalla del Santuario y una biografía colectiva de los veteranos que en ella participaron². Entre tanto,

1. *Adventuring through Spanish Colonies. Simón Bolívar, Foreign Mercenaries and the Birth of New Nations*, Liverpool, Liverpool University Press, 2006, 266 págs.

2. *The Struggle for Power in*



Brown ha editado, además, *Informal Empire in Latin America: Culture, Commerce and Capital* (2008) y, junto con Gabriel Paquette, *Connections after Colonialism. Europe and Latin America in the 1820's* (2013). Por lo tanto, las notas siguientes tienen tres propósitos principales: romper un silencio bochornoso, colmar un vacío difícilmente explicable y llamar la atención sobre el conjunto de una obra historiográfica de indiscutible calidad.

Por su magnitud, el fenómeno de los extranjeros que sirvieron como mercenarios en las filas republicanas de la Tierra Firme llamó la atención de propios y extraños desde un comienzo. Los agentes confidenciales franceses que visitaron la República de Colombia a principios de los años veinte del siglo XIX se refirieron a él en sus notas. Gaspard-Théodore Mollien calculaba en 1823 que el número de súbditos británicos que se habían incorporado al ejército libertador ascendía a 4000 y que durante la guerra la mayoría había perecido, de suerte que para entonces no quedaban más que 400³. Benoît Chassériau se refirió también a esta curiosa afluencia y la juzgó como parte de una estrategia británica para apoderarse del comercio del Nuevo Mundo con exclusión de las demás potencias. Años más tarde, el mismo José Manuel Restrepo en su *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América*

Post-Independence Colombia and Venezuela, Nueva York, Palgrave-MacMillan, 2012.

3. *Notes reçues de Colombie*, Archives du Ministère des Affaires Étrangères (Paris), Correspondance politique, Colombie, t. 2, fols. 98-107.